

Goya, Realidad e Imagen

Acontecimiento extraordinario, es decir, fuera y por encima de lo que habitualmente vemos en nuestros circuitos, aunque la comparación, para ser justa, debiera limitarse al terreno histórico. Me refiero a la muestra que, bajo el título «Goya, Realidad e Imagen» podemos ver en el Museo de Zaragoza. Y que constituye, como bien sabemos, el cenit de las iniciativas que conmemoran al 250 aniversario del maestro aragonés, nacido en Fuendetodos el año 1746. Inaugurada ya hace algún tiempo, cuando esta página no había iniciado aún su camino anual, resulta hoy oportuno y hasta imprescindible volver sobre ella para darle la importancia que merece; para plantearla con el enfoque de concepto que nos incumbe y para establecer unas cuantas precisiones. Con las que de ningún modo trataremos de infravalorarla o disminuirla, sino de buscar el equilibrio, en un terreno crítico, sin entregarnos a elogios de «midcult». La misma categoría y carácter del artista que nos ocupa hacen impropios los añadidos convencionales.

Parece más eficaz plantearnos un balance en cuyo haber tendríamos, por lo pronto, la alta cali-

dad de muchas piezas, así como el mérito de haber conseguido traerlas a Zaragoza. Aunque a veces me preocupe el problema del «conseguidor», término que equivale, más o menos, a esos curules de los que con tanta gracia habla Juan Antonio Ramírez, que mueven enormes recursos oficiales y privados (si se ponen aquí no van a otra cosa), propugnan eventos efímeros y multitudinarios, siempre deslumbrantes, y rentabilizan sus contactos con políticos, medios, banqueros y ejecutivos de toda clase. Creo que son algo distinto que los comisarios entre los que, por cierto, reina una notable inquietud definidora (véase su reciente, concluido II Encuentro Internacional). Pese al modo en que antes se alude, se considera entre las notas positivas la afluencia de público, que va a romper las estadísticas anteriores. Claro que en gran medida depende de la información y no conviene ignorarlo.

Seguiríamos con los aciertos expositores, desde un punto de vista museal, aunque existan problemas como las posibles confusiones para poco atentos, entre el protagonista y sus contemporáneos. En conjunto se trata de una colección sólida, por el contenido y por el tratamiento. Descubre

una notable labor técnica cuyos méritos personificaremos en el comisario principal, Federico Torralba, y extenderíamos a todo el equipo. La figura de este catedrático emérito—uno de los pocos vivos y actuantes entre los que fueron mis profesores—es digna del mayor respeto para mí. En tal contexto ha de entenderse la actitud. Tan poco como definiendo las alabanzas desmedidas, comparto las críticas desmesuradas. En las que interesa descubrir causas y rencores, así como valorar conocimientos y ejercicio de quien las hace. Ya con estas coordenadas, anotaré que el catálogo es un poco pobre, pese a los valiosos artículos. Estas retrospectivas pueden ser un instrumento decisivo de investigación. Y no lo ha sido. Pero quizás aquí se responda a un deseo didáctico, a mi juicio peligroso, como si Goya solo alcanza para vulgarizarlo. Repetiré que con frecuencia se equivoca una muestra popular con el desprecio a las entendederas del vistapite. Síme se un tonillo literario, como posmoderno, en el epígrafe conjunto y en los apartados. He aquí el debe.

Claro que en este caso no duodo de la seriedad, como haría ante otros eventos históricos institucionales. En estas instancias, en

cambio, tal vez desconfío de lo que supone entregarse por completo a la imagen y amparo de Goya, con olvido de toda una política en cultura. Que espero se enderece ahora, porque de las personas depende mucho. De nuevo ante lo expuesto y la instalación, los paneles informativos remansan demasiado la visita, con lo que hay bastante gente que lee más que mira cuadros. Lástima cuando están a nuestro alcance un «Quitasol», una «Pradera», unos «Osuna», unos «Fernán Núñez», un «San Adrián», un «San Carlos», unas «majas» o una «Lechera», por limitarme a los mejores amigos. No importa que casi todos sean muy accesibles siempre. Tampoco estamos ante un repertorio completista; pero no analizaré si hay pocos cartones para tapiz o falta pintura negra, como acaso haga más adelante. Se trajo lo que se pudo. Spongo. Y de verdad lo agradecemos. Porque es un regalo para los ojos y una oportunidad de adentrarse en la trascendencia de Goya.—A. A.

«Retrato de los duques de Osuna y sus hijos», obra de Francisco de Goya

